

de 1839. Esta noticia causó en la corte carlista una profunda impresion: unos quedaron aterrados, otros lo celebraron; D. Carlos se asustó y quiso encerrarse en una ciudad bien fortificada; sólo Arias Teijeiro se mantuvo firme y aceptó el desafío de su terrible enemigo. Hizo firmar á D. Carlos un decreto declarando traidor á Maroto, quitándole el mando del ejército, privándole de sus empleos y honores, y condenándolo al rigor de las leyes militares; rodeóse de otros generales que hasta entonces habian estado en desgracia, para contrarestar la influencia de Maroto, y les encargó de los principales mandos del ejército y por medio de guardias de honor de toda confianza, mandó á todos los cuerpos de ejército las órdenes oportunas, dando á conocer los nuevos nombramientos, invitando á todos los jefes á que negáran su obediencia á Maroto. No se desconcertó éste, reunió todo su Estado Mayor, demostróles el estado de los negocios públicos, púsoles á la vista los motivos que le habian obligado á obrar de aquella manera, y su propósito de anonadar á la perniciosa camarilla que rodeaba á D. Carlos y lo llevaba á su segura perdicion, y cuando todos los jefes se penetraron de la verdad, le aclamaron como su jefe y le manifestaron que estaban dispuestos á obedecerle ciegamente y seguirle á despecho de todo el mundo. En todo el ejército se lanzó el grito unánime de ¡al real! y con esta seguridad, y animado al ver el entusiasmo de su tropa, encaminó Maroto su marcha hácia Tolosa, en cuyo punto le esperaban para oponérsele fuerzas contrarias, á las órdenes de Urbistondo, enviadas por Teijeiro. En Tolosa, Urbistondo, lejos de combatir á Maroto, se incorporó á él, poniéndose á sus órdenes; incorporóseles tambien á poco con su division el conde Negri, y todos juntos siguieron su marcha hácia Villafranca, donde se hallaba la corte.

Perdió Teijeiro toda esperanza al saber esto, y se apresuró á huir precipitadamente con D. Carlos, no sin publicar antes otro decreto restableciendo á Maroto en todos sus honores y empleos, aprobando sus actos y declarándole el más fiel servidor del Rey. Fueron desterrados á la llegada del general en jefe los más furibundos del partido de Teijeiro; el débil monarca recibió con suma complacencia á Maroto y nombró el ministerio que éste quiso. Fueron puestos en libertad y colocados en los primeros puestos los generales antes perseguidos, y Maroto triunfante recorrió las provincias, recibiendo por todas partes aclamaciones.

La causa carlista habia sido herida en el corazon al evidenciarse la nulidad del príncipe á quien queria colocar en el trono: empezóse á apetecer la paz, desapareció la aureola brillante y semidivina que circundaba la frente de aquel príncipe imbécil, y los provincianos y navarros, perdida la fé en aquel ídolo mortal, sólo pensaron en sus fueros. Comprendieron entonces Maroto y la mayor parte de los jefes carlistas toda la fuerza de las circunstancias, lo absurdo y atroz de aquella guerra, y la imposibilidad de esperar nada de D. Carlos. Entonces concibió Maroto el proyecto de poner término á la guerra, buscando un medio de acomodamiento y conciliacion que pudiera satisfacer á ambos partidos, y con todo el sigilo y recato posible entabló las primeras negociaciones con el general Espartero, sin que nadie pudiera sospechar lo que pasaba. En estas primeras negociaciones, ambos generales, sirviendo respectivamente á su causa,